

geras que constituyen los sujetos existentes y las posibilidades duraderas de estas mismas sensaciones? ¿No hay nada *intrínseco* en esta piedra?

Taine pretende que la planta, la piedra y todo objeto inanimado son no sólo la posibilidad permanente de ciertas sensaciones de un sujeto que siente, sino además una serie distinta de hechos ó de acontecimientos reales ó posibles, que se producirían aún si todos los seres que sienten llegasen á faltar.

En cuanto al yo, el análisis de Taine destruye el yo substancial y metafísico y sus poderes y facultades.

En materia de elementos reales y de materiales positivos, no hallo para constituir mi ser otra cosa que mis acontecimientos y mis estados futuros, presentes y pasados. Lo que hay de efectivo en mí es su serie ó trama. Soy pues una serie de acontecimientos y de estados sucesivos, sensaciones, imágenes, ideas, percepciones, recuerdos, previsiones, emociones, deseos y voliciones ligados entre sí, provocados por ciertos cambios de mi cuerpo y de los demás cuerpos y que provocan ciertos cambios de mi cuerpo y de los demás. Todas mis potencias y facultades se reducen á posibilidades: no hacen más que plantear como presentes las condiciones de un acontecimiento ó de una clase de acontecimientos. Nos inclinamos á hacer de ellos entidades distintas, á considerarlos como un fondo primitivo, un cimiento estable, un manantial independiente y productivo de donde manan los acontecimientos. La verdad es sin embargo que en sí mismo un poder no es nada salvo un punto de vista, un extracto, una particularidad de ciertos acontecimientos, la particularidad que tienen de ser posibles porque se han dado sus condiciones. « ¿Qué es pues la verdadera noción del yo? — Es, responde Taine, algo análogo á lo que, según nuestro análisis, constituye la substancia de los cuerpos. » Ese algo es la posibilidad permanente de los mismos acontecimientos dadas las mismas condiciones y la necesidad permanente de los mismos acontecimientos bajo las mismas condiciones más una complementaria, pues todos ellos tienen el carácter común y distintivo de aparecer como internos.

Con menos vacilación que Stuart Mill y tan resueltamente como Hume, generaliza Taine el fenomenismo, juzgando que la idea de substancia debe rechazarse por completo porque no es necesaria y porque es tan ilusoria cuando se trata del espíritu como cuando se trata de los cuerpos (*F. Pillon*).

Por último ¿qué son las ideas que nos formamos y los juicios que á ellas se refieren? Taine distingue dos especies de ideas generales: las que son *copias*, es decir aquellas á las que corresponden caracteres generales suministrados por el examen de la naturaleza; y las que son *modelos*, es decir las que nosotros construimos sin examinar si existen en la naturaleza objetos correspondientes á ellas.

La ley matemática se extiende á todos los órdenes de fenómenos. La psicología de Taine es sensacionalista y nominalista. Pero su nomina-

lismo — sería fácil demostrarlo — tiende á transformarse en conceptualismo. La metafísica que corona esta psicología presenta, por su intemperancia y su atrevida seguridad, un contraste curioso con el espíritu positivista. En ella se unen y se funden la identidad de Condillac y la de Hegel. Es de notar que esta metafísica se encuentra ya en la conclusión de la *Inteligencia*, tal como se encontraba en la conclusión de los *Filósofos clásicos*.

La filosofía de Taine se presenta como un sistema de fenomenismo, pero distinto del fenomenismo de Hume y del neo criticista. El de Hume es absolutamente empírico, y el neocriticista reconoce varias leyes mentales aprioricas distintas. En el fenomenismo de Taine reina la pura necesidad lógica con la que se confunde la necesidad causal.

La filosofía absorbió todo su pensamiento, como lo ha hecho notar su discípulo Paul Bourget:

Ensayos de crítica, trabajos de historia, libros de pura invención, todo sirvió de pasto á una pasión dominante, la filosofía. Taine no fué nunca más que un filósofo. Rara vez se mostró más vigorosa la unidad de una obra ni se puso más de relieve la especialidad de una naturaleza. Como dialéctico era subyugador, atrayente y apasionador. Siempre se experimenta vivo placer leyéndole. Su amigo Julio Simón lo ha dicho muy bien: « Se ha dicho de ciertos periodistas que han escrito toda su vida, de ciertos historiadores que han hallado toda su vida: de Taine hay que decir que ha escrito, hallado y pensado toda su vida. » Cada una de sus frases expresa una doctrina y atrae á su autor admiradores ó adversarios. No es de los que divierten ó interesan al lector, sino de los que lo apasionan. Hay que decir con el mayor número: « es un espíritu de primer orden », ó como el príncipe Napoleón: « es un autor de libelos ».

Taine es una voluntad más bien que una inteligencia. No dió á su pensamiento punto de reposo. No le dejó jamás distraerse en asuntos de poca importancia. Le conocía desde 1847 y puedo asegurar que desde entonces piensa sin interrupción.

Y Faguet no le contradice:

Este espíritu superior, falseado á veces por el rigor de su lógica, en las cosas donde era necesaria la flexibilidad de Sainte-Beuve, ejerció grandísima influencia en los espíritus literarios de Francia. Más grande que la de Renan que era de asimilación más difícil y de penetración más lenta. Casi todos los hombres de treinta y cinco á cincuenta años en Francia son positivistas, á causa de Taine principalmente. La influencia de Darwin y de Spencer, sólo vino á Francia después de la de Taine para confirmarla.

Taine historiador es también filósofo. Cada gran período de la vida social manifiesta una fuerza directriz nacida del período precedente y engendradora del siglo siguiente. El fin de la historia es « remontarse hasta esa fuerza fundamental, encerrarla en una fórmula para cada

siglo, ligar las fórmulas entre sí, notar las necesidades en virtud de las cuales se derivan unas de otras y sacar en fin en claro el tipo hereditario y la situación primitiva de donde ha procedido todo lo demás». Esta teoría de la facultad principal ó maestra tiene por complemento la de las influencias primordiales : la raza, el medio y el momento. Exige el método de los naturalistas.

Hay una anatomía en la historia humana como en la historia natural; hay dos partes en nosotros : una que recibimos del mundo y otra que traemos al mundo; una adquirida y otra innata; una que nace de las circunstancias y otra que nos viene de la naturaleza.

La historia, comprendida de esta suerte no es materia de imaginación, sino de inteligencia. Es una geometría de las fuerzas. Tomemos, *los Orígenes de la Francia contemporánea*. He aquí la clave : el espíritu clásico se mostraba en el siglo diez y ocho, impotente para producir otra cosa que abstracciones. Las insurrecciones populares y después las leyes de la Constituyente, inspiradas en ese espíritu, acabaron por destruir en Francia todo gobierno. Gracias á la anarquía, una minoría violenta pudo imponer á Francia un sistema criminal y preparar de esta suerte el despotismo.

Una obra de Taine tiene el aspecto sólido; acercaos y examinad el armazón. Primeramente se ha establecido el principio con algunos corolarios y luego la diversidad de los hechos y de los detalles ha ido alojándose y distribuyéndose cada uno en su casilla. La materia documental en historia es tan maleable que se presta á este juego de encasillado : pero una colección de hechos y de citas invocada como argumento para probar una idea, no vale tanto como la prueba moral que se desprende del razonamiento, de la impresión y de la opinión. En todo hay que convencer y persuadir y eso no puede lograrse con cifras y alineamientos. El efecto moral es más fuerte que el hecho físico.

La Sra. Pernelle no creará nunca á Orgon y sin embargo, Orgon se halla muy documentado. Taine ha remachado y enlucido el aparato crítico. No es eso lo que se le agradecerá más ; al contrario es lo que más fácilmente se olvida, mientras se lee, dejándose llevar del encanto de sus cuadros y de sus pinturas : la corte de Luis XIV con arreglo á las fábulas de La Fontaine (cuyo alcance ha empequeñecido reduciéndolas á copiar una época cuando contienen una parte tan amplia de verdad y de humanidad), Roma, según Tito Livio, la vida en Versalles, las cazas reales, los casos extraordinarios y los fenómenos psíquicos de la *Inteligencia*, los escritores y filósofos ingleses, las lindas páginas sobre La Bruyère, las impresiones de viaje, los croquis de arte y los rincones de París. Taine tuvo el temperamento de un novelista naturalista. Su espíritu pertenece á la familia de los de Alfonso Daudet, de Zola y de

Balzac. Hay en él algo de cronista (Graindorge), de reporter, de interviewer, de periodista, de satírico, de vis cómica. Óigase á estas damas hablar entre sí :

Hagamos, si ustedes gustan, una pequeña estadística : de las cincuenta personas que hay aquí en nuestra presencia, en un salón, ¿cuántas hay cuya conversación sea divertida é interesante? Veinticinco son gente corriente, simples molinillos de frases. Nada hay más raro en la naturaleza que la originalidad, y la educación la disminuye; las conveniencias aprisionan el espíritu y el alma; no se atreve uno á moverse por miedo de entregarse y comprometerse. Se repite durante quince días la idea de moda, y después durante otros quince la idea siguiente. Hay dos frases posibles sobre *la Africana*, dos sobre el discurso del Sr. Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre cualquier asunto humano; según la persona que habla, os servirán la una ó la otra, á veces una anécdota, pero jamás un juicio sincero y personal.

Falta la impresión propia; los ojos han visto, los oídos han oído, la memoria ha retenido, las conveniencias dictan, la boca pronuncia y nada más.

Aun es esto más notable entre las mujeres que entre los hombres. Habéis entrado por un vestíbulo adornado con arbustos y flores, donde, entre la blancura de los mármoles y los rosetones mates de las alfombras, mostraban algunas mujeres los hombros desnudos, los cabellos sembrados de diamantes, arrastrando su amplia falda de lustrosa seda, perfumadas, orgullosas, haciendo ostentación al subir los peldaños, como pavos reales multicolores ó como aves resplandecientes de los trópicos. Habéis notado dos ó tres que, después de haberse paseado un poco han acabado por reunirse formando un ramillete. La una, espléndida, con vestido blanco brochado, con un cuerpo plegado parecía una veneciana del Renacimiento; por encima de aquella divina suavidad del raso, veíase una nuca encorvada, nacarada y sobre las rubias trenzas de la opulenta cabellera, tiene por todo adorno una banda flotante de encaje. La segunda, alta, esbelta como una Diana, llegaba entre los largos pliegues de su vestido color de malva; su cuerpo, adornado con bordados de plata, dejaba entrever la vaga idea de un húsar heroico; caminaba de prisa, y al arrastrar la falda, se estremecía como una estola de diosa, mientras que las blancas pedrerías que adornaban sus cabellos lazaban centelleos de espada. La última, grácil, delgada, con el rostro prominente, la nariz afilada, los labios temblorosos, los ojos pálidos y los cabellos enmarañados bajo los diamantes, parece despedir de toda su persona chisporroteos de centellas y de relámpagos; sentada ó de pie, no toca al pavimento: la fuga interior, los indomables impulsos y arranques de la vida nerviosa, hacen á cada instante estremecerse la grácil forma. En torno de aquel delgado cuello, resplandece un collar de diamantes, como un círculo de ojos vivientes, como los pálidos y resplandecientes ojos de un círculo de serpientes mágicas. Hablan y parecen encantadas de su conversación. ¿Qué no daría uno por oirla? Se acerca uno y descubre que están discutiendo acerca de los puños de sombrilla: una los prefiere de ébano, y la otra de nácar.

Circula y viaja con los bolsillos llenos de cuadernos, atestados de

notas. Recoge observaciones, luego las digiere y las restituye en un orden que es su obra y su orgullo.

El pensamiento de este potente espíritu, ha dicho Anatole France, nos inspiró, hacia 1870, un ardiente entusiasmo, una especie de religión que llamaré el culto dinámico de la vida. Nos trafa el método y la observación, el hecho y la idea, la filosofía y la historia, la ciencia en fin.

Fué el Titan del método y el paciente y perspicaz testigo del pasado.

Fustel de Coulanges, como Mignet, como Duruy, no fué jamás sino historiador y profesor. Nacido en París, en 1830, de condición muy modesta, fué nombrado, á los ventisiete años, profesor de historia en el liceo de Amiens después de la agregación y de haber pasado algún tiempo en la Escuela francesa de Atenas. Pasó á la Facultad de letras de Estrasburgo en 1860, y allí compuso su *Ciudad antigua*. La solidez de sus lecciones le designaba para la Escuela normal superior, donde entró como maestro de Conferencias en 1870.

En 1878 fué nombrado en la Facultad de letras de París, y la autoridad que había adquirido dentro y fuera de la Escuela normal le valió muy pronto el honor de dirigir aquel sabio establecimiento. Había dado en 1875 el primer volumen de su *Historia de las Instituciones políticas de la antigua Francia*. Habían parecido los otros dos en 1888, y tenía preparadas las notas de los dos últimos, cuando murió en 1889.

Su obra es un modelo para la ciencia misma.

La historia, dice, no es un arte. Es una ciencia pura. No consiste en contar con agrado ó en disertar con profundidad. Consiste, como toda ciencia, en comprobar hechos, en analizarlos, en relacionarlos, y en señalar su enlace. Puede suceder, sin duda, que se desprenda de esta historia científica cierta filosofía; pero es preciso que se desprenda naturalmente por sí misma, casi á despecho del historiador. Él no tiene otra ambición que examinar bien los hechos y comprenderlos con exactitud. No debe buscarlos ni en su imaginación, ni en su lógica; los busca y llega á ellos mediante la observación minuciosa de los textos, del mismo modo que el público halla los suyos en experimentos minuciosamente dirigidos. Su única habilidad consiste en sacar de los documentos todo lo que contienen y en no agregar nada de lo que no contienen. El mejor de los historiadores es el que se mantiene más cerca de los textos, el que los interpreta con más exactitud, y el que no escribe ni piensa sino según ellos.

La Ciudad antigua demuestra que en la antigüedad griega y romana, fué la religión el germen de toda la vida social. Aunque se ponga en duda la tesis esencial de la transformación del culto de los muertos

en legislación universal, resulta que cada uno de los desarrollos puramente históricos acerca de este culto, de la familia, de la ciudad, de las revoluciones, del advenimiento de la unidad romana es completo y acabado: nada falta en él, ni la exactitud de los documentos, ni el arte para agruparlos, ni la habilidad para hacerlos valer ni el hermoso orden de la exposición, ni la progresiva seducción de la lectura.

También conviene este juicio á las *Instituciones de la antigua Francia*. Fustel relaciona el feudalismo con las prácticas romanas de la clientela y del patronato y con la de compañerismo de guerra de los germanos. En el alma germano-romana de Francia, ha encontrado los sentimientos permanentes de la humanidad. En estilo, claro, preciso, sobrio y elegante, ilumina las épocas más apartadas y oscuras y dramatiza su doctrina con la verdad y la delicadeza. Defendió los derechos del estilo en la erudición:

Es cosa singular que en este país, que es tan sensible al mérito de la forma, sea sin embargo una mala nota, para un hombre de ciencia y de erudición, saber escribir; puesto que sabe escribir, se deduce que no es un sabio; puesto que presta alguna atención á la manera de expresar sus pensamientos, se deduce que no pone ningún cuidado en los hechos y en lo que constituye la ciencia... Buffon amaba la ciencia ante todo, no vivía sino para ella, aislándose del mundo para entregarse á ella por completo, buscando la verdad hasta en los menores detalles, muy enamorado de la síntesis, pero no menos atento al análisis. «La exactitud precisa, la exacta propiedad de los términos» que emplea, su estilo uniforme, sencillo, grave y un tanto orgulloso... «es el estilo de un hombre, que, si piensa en el estilo, piensa más aún en la verdad» (*Anales de la Academia*, t. CX, p. 915).

Aunque vivía en lo pasado, no se desinteresaba del presente. Hay que leer las páginas de sus discípulos y émulos, Jullian y Guiraud, para comprender la agudeza de aquel espíritu y la elevación de su alma. Albert Sorel le ha consagrado una excelente noticia que fué leída en el Instituto y á la que habrá que referirse siempre:

La historia, dice, es una ciencia. El principio de todo método consiste en desterrar el prejuicio moderno que engendra el anacronismo de las ideas: para Fustel, es el pecado que no admite perdón. Pero se juzgaría mal á esta inteligencia, á la vez muy límpida y muy compleja, si se imaginase que, para arrojar de su laboratorio de erudito los fantasmas del espíritu moderno, Fustel pretendía hacer, en su obra, abstracción de la sociedad en que vivía y de los destinos de la patria en que había nacido. Muy lejos de eso, cuando combatía los falsos juicios dictados respecto á la antigüedad, no pensaba únicamente en restituir á la ciencia sus derechos, sino en preservar á la sociedad moderna, en particular á la francesa, de asimilaciones utópicas y peligrosas. Quería excluir toda consideración extraña de la historia antigua, y sin embargo esta preocupación cívica de la historia venidera prestaba calor á su obra y hacía que este sabio estudio del derecho antiguo llegase á

nosotros y nos penetrase por todos lados. Al mismo tiempo que Taine señalaba en su *Historia de la Literatura inglesa* la idea que debía ser la idea fundamental de su libro de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, el abuso del espíritu clásico, Fustel de Coulanges mostraba de qué modo había causado las peores aberraciones de la Revolución francesa una concepción imaginaria de la antigüedad y como, este culto supersticioso de una antigüedad quimérica sistematizado por varios historiadores de la Revolución, falseaba la ciencia en lo pasado, y corría peligro de hacer que la política descarrilase en el presente.

Su historia tuvo por objeto el alma humana. Puede decirse, después de haberle leído, que la ciencia y el arte acabaron por extraer del filosofismo y de la epopeya sus elementos divergentes, se purificaron de la aleación que contenían (polémica, sátira y nota sentimental) y acabaron su evolución en el sentido de la pureza de su esencia.

¡ Cuántos habría que nombrar aún entre los más recientes que forman una falange apretada de historiadores! : duque de Noailles, duque de Broglie, duque d'Aumale, eminente historiador de Condé, que corrigió a Bossuet (Rocroi), Thureau-Dangin, marqués de Ségur, Sorel, Vandal, Lavisse, Aulard, Gebhardt, delicado conocedor del Renacimiento, Emile Ollivier, magistral historiador del Imperio liberal¹, Henry Houssaye y Frédéric Masson, historiadores de Napoleón², etc.

La literatura histórica comprende también las *Memorias* y las *Correspondencias*. De todo lo que se ha escrito en el siglo XIX, no tenemos aún sino una parte muy escasa. Se verá sin duda mucho más en el curso que empieza, principalmente si, como ya se indica, su curiosidad continúa inclinándose no sólo á las pequeñeces de las grandes cosas, sino tam-

1. El célebre primer ministro de Napoleón á quien siempre considerarán los franceses, por más que haga y escriba, como uno de los que precipitaron la guerra francoalemana, ha publicado numerosos y eruditos volúmenes, en que no siempre salen bien librados España y sus hombres, en particular Prim. (N. del T.)

2. De 1870 á 1900 han aparecido numerosos y buenos trabajos de Baudrillart (*Histoire du luxe*), Croiset, Bouché-Leclercq, G. Leclercq, G. Perrot (*Histoire de l'art*), Ph. Berger, F. Lenormand, d'Arbois de Jubainville, Clermont-Ganneau, Mariette, Oppert, Bergaigne, Babelon, Maspero, Foucart, Collignon, Homolle; Geoffroy, G. Boissier, Schlumberger, Diehl; de Pressensé, E. Havet, abbé Duchesne, Müntz, Le Blant; Aucoc, Laboulaye, Paul Leroy-Beaulieu, Longnon, G. Monod, A. Rambaud, Glasson, Dareste, Levasseur, A. Luchaire, E. Desjardins; — G. Picot, Wallon, de Lasteyrie, Siméon Luce, Bardoux, Beulé, Jurien de La Gravière, Hauréau, Léon Gauthier, Himly, Zeller, A. Sorel, E. Lavisse, duc de Broglie, Chéruel, G. Hanotaux; C. Rousset, H. Houssaye, A. Vandal, F. Masson, de Viel-Castel, E. Ollivier, Thureau-Dangin, Cuheval-Clarigny, Louis Léger, Gebhardt, Costa de Beauregard, Block, Aulard, Chnquet, etc.

bién á las mismas cosas pequeñas. *El Memorial de Santa Elena*, de Las Cases, las *Memorias* de Berthier, Savary, Bourrienne, Fouché, Talleyrand, condesa de Boigne, etc., son una mina de documentos inestimables para el principio del siglo. Para esta época hay multitud de *Correspondencias* que son más escasas para las fechas más recientes (como las cartas de G. Flaubert). ¡ Cuánto nos diferenciamos de nuestros abuelos y de nuestros tatarabuelos! Ellos se contentaban con vivir á sus anchas, con sangre fría y sin apresuramiento. El buen burgués de Molière pide su bastón, su sombrero de tres candiles y se va tranquilamente á dar una vueltecita por la feria de Saint-Germain ó á pasearse en el Arsenal. Los jóvenes barzoneaban en las galerías del Palais ó delante de las tiendas del Pont-Neuf; las enormes carrozas circulaban pesadamente por las estrechas calles, parándose pacientemente hasta que cesaba la causa del embarazo y, cuando Boileau nos cuenta los embarazos de París, nos parece que se embarazaba por muy poca cosa. Los días de lluvia, sabían esperar ó bien á que el arroyo disminuyese de altura ó bien á que un mozo de cuerda de número hiciese ante su cliente una especie de puente con la tabla que llevaba debajo del brazo. Por la noche, los que andaban á pie se hacían acompañar por un criado con farol y tomaban una espada para evitar sorpresas en la soledad de las calles sumidas en la obscuridad. Ahora nos vemos arrastrados en una especie de torbellino. Amontonamos nuestros actos en el mas corto tiempo posible. La calle es un hormiguero, la circulación es un ir y venir de gente atareada, que atropella y es atropellada, que va de prisa, que tiene miedo de no llegar á tiempo que se siente hostigada por el tiempo, que corre echando furtivas miradas á los relojes públicos que se han multiplicado por todas partes. Las comunicaciones son más frecuentes y más rápidas. Las distancias se han abreviado y casi suprimido, las lentitudes solemnes y majestuosas de antaño han cedido el puesto á ocupaciones apresuradas y febriles.

Es fácil de observar la influencia de este nuevo modo de vida sobre la literatura moderna. Ella también sigue el mismo paso, se electriza, acelera su marcha y por último sufre las modificaciones que exige este nuevo modo de vivir. Los géneros literarios siguen en todos sus contornos y en todos sus caprichos la gran fuerza de las leyes de la existencia, procuran acomodarse á ellas y mueren lo mismo que los seres que destruye la lucha por la vida, los que se sienten incomodados por ella.

Este género eminentemente literario, que produjo en otro tiempo tantas obras maestras y que se llama la Correspondencia, está en vías de desaparecer. ¿ Dónde están nuestras Sévigné, nuestros La Fontaine, nuestros Boursault, nuestros Grimm, nuestros J. J. Rousseau, nuestros Voltaire? porque son numerosas las colecciones de cartas familiares que

han logrado salvar el escollo de la impresión y que releemos aún con placer. Hoy no sabemos ya lo que es una misiva de cuatro carillas. El comercio — que da con frecuencia indicios inestimables acerca de los gustos de una época, porque su interés le obliga á espiarlos — se ha conformado con estos nuevos hábitos, se ha reducido el tamaño del papel para dejar al destinatario la ilusión lisonjera de las cuatro páginas escritas, evitando al mismo tiempo al autor la fatiga y la pérdida de tiempo. La tarjeta-carta ha sido acogida con gran favor, porque puede uno excusarse de no decir más por falta de sitio. El telégrafo ha dado el último golpe á la Correspondencia y al estilo mismo. Dispensa del cuidado de la redacción y parece que se halla un placer extraño en hablar la lengua de los negros. El telegrama neumático reina por completo; y si, como en tiempo de Lesage, un cazador encontrase y abriese la valija de un de correo, caerían de dicha valija, una lluvia de *petits bleus*¹.

¿Hay necesidad de indicar por qué es un género muerto el de la correspondencia? ¿no se ve inmediatamente que sus asesinos son los sabios, los que han inventado las locomotoras que arrastran trenes correos, los que han lanzado los paquebotes por todos los océanos, los que han cubierto la superficie del suelo con alambres telegráficos, los que han desarrollado, en el subsuelo de las grandes ciudades, kilómetros de tubos neumáticos, los que han enseñado el alfabeto á la aguja imantada y los que han encerrado al mercurio de talones alados en la pequeña cápsula de los aparatos de aire comprimido? Al mismo tiempo han encerrado y asfixiado con él un género literario y á la par encantador. En otro tiempo, el correo polvoriento ó el coche, pasaban una vez por semana, ó una vez por mes ó una vez por casualidad y aún á veces había que acechar una ocasión para aprovecharla. Se cambiaban misivas que eran verdaderas memorias, gacetas, y que desempeñaban el papel del diario ausente. Pero ahora, si se dejan á un lado las cartas de negocios, las invitaciones, las negativas ó las peticiones, nuestros carteros tienen rara vez la ocasión de llevar en su caja una misiva que sea un relato divertido, una disertación digna de ser impresa, una crónica ingeniosa, ó hasta una serie de nonadas expresadas con libertad, con el abandono negligente y adorable de nuestras grandes epistoleras de tiempos pasados.

¿Se tiene por ventura una ó dos ideas? No se reservarán para que el amigo ó la amiga disfruten su primacía y su desarrollo. Se hará un artículo de periódico; hasta á veces se procurará hincharlo hasta que adquiera las proporciones de un volumen que será probablemente un

1. Se da el nombre de *petits bleus* (pequeños azules) á las hojitas de este color que se venden en París, en el correo, para los despachos que circulan por medio de tubos neumáticos.

(N. del T.)

volumen vacío. Todo el mundo pierde en ello y las ideas también. El volumen no se vende, ó, si lo compran, no se corta ó va á parar á un librero de viejo donde tiene por último una de esas suertes lamentables que acechan al libro recién salido de las mandíbulas de la prensa; el periódico es arrugado, arrojado y olvidado en el wagón ó en el carruaje. Á la mayor parte de las cosas impresas les aguardan el desdén ó el olvido; mientras que en otro tiempo, ¡ah! en otro tiempo, el amigo ó la amiga leían y releían la epístola sabrosa; pasaba de mano en mano, se la leía públicamente en los salones, y después que había encantado á los amigos, iba á reunirse con sus hermanas en el precioso cofrecillo de donde salían todas juntas un día para formar una colección esperada y estimada por todos.

Los dos Ampère, padre é hijo, dejaron una correspondencia, un diario íntimo y recuerdos escritos entre 1805 y 1864. Estas colección de páginas tan sencillas, tan tiernas, tan filiales, tan paternas es una obra curiosa aunque sólo sea por el contraste que ofrece con su obra múltiple y su acción pública. En ella se encuentra, detrás del inventor de la electrodinámica, del algebrista, del clasificador de las ciencias, á aquella alma cándida, fresca, y amante de que habla Sainte-Beuve; y detrás del viajero crítico y poeta, al amigo conmovedor y cariñoso cuyo sentimental retrato trazó Barthélemy Saint-Hilaire.

Eugenia y Mauricio de Guérin¹, la hermana y el hermano, que vivieron poco (la primera de 1805 á 1848 y el segundo de 1810 á 1839), son, la primera en su inmortal *Diario íntimo*, el segundo en sus ensayos en prosa, y ambos en sus cartas, paisajistas admirables de la naturaleza y del alma. Sus *Reliques* son la más delicada y más penetrante contribución á la psicología del siglo XIX.

La Sra. Swetchine (1782-1857), rusa, tuvo durante cuarenta años en París un salón que fué un cenáculo y una capilla. Dejó manuscritos para formar más de treinta volúmenes. Una parte de su correspondencia ha suministrado ya cuatro ó cinco. Varios de sus correspondientes son los de J. J. Ampère. «Hija mayor de J. de Maistre é hija menor de San Agustín», la llamó Sainte-Beuve. Sus cartas nos ofrecen una noble imagen de la selecta sociedad católica y realista que rodeó á Montalambert, á Falloux y á Lacordaire.

El nombre de Ximenes Doudan (1800-1862), como el de la Sra. Swetchine, no ha tenido celebridad literaria hasta después de la muerte y la debe exclusivamente á sus cartas íntimas. Una vida bastante larga y de la más perfecta unidad, un cargo modesto que le ponía en contacto

1. Los amigos y admiradoras de Maurice de Guérin se preparan á celebrar en agosto próximo el centenario de su nacimiento. Entre tanto el profesor del Colegio de Francia, Sr. Abel Lefranc, acaba de publicar un interesante volumen titulado: *Maurice de Guérin d'après des documents inédits*.

(N. del T.)

con los grandes asuntos políticos, con ilustres amistades y con relaciones exquisitas son suficientes para explicar el que X. Doudan, secretario de V. de Broglie, en el ministerio de Instrucción pública, en los Negocios extranjeros, en la Presidencia del Consejo y secretario luego de la familia de Broglie, haya podido dejar una correspondencia acerca de la cual se han complacido en suministrar noticias y notas escritoras como los Sres. d'Haussonville, S. de Sacy y Cuvillier-Fleury. He citado una página de estas cartas á propósito del realismo, en la pág. 879. Ella da idea del tono vivo, ingenioso y delicado de las cartas de Doudan.

Las *Memorias de una desconocida*, de la Sra. Cavaignac son curiosas. Habiendo partido del culto de la libertad, acabó siendo bonapartista irreductible. La exaltación patriótica obró este cambio.

De la Sra. de Rémusat (1780-1821) que escribió dos veces sus *Memorias*, también poseemos cartas. Dama de honor de la emperatriz Josefina, mientras su marido era prefecto del Palacio, la Sra. de Rémusat fué consignando casi día por día el relato de lo que vió y de su situación tan excepcional. Llegado el divorcio, permaneció fiel á la que había sido más que reina y conoció de esta suerte la desgracia. Cierta día, un miedo demasiado justificado, por el anuncio del regreso de la isla de Elba, le hizo quemar su manuscrito. Volvió á coger la pluma, obedeciendo á las instancias de su hijo, y escribió de nuevo sus *Memorias*. Detienen éstas en 1808. La Sra. de Rémusat había puesto una verdadera pasión de historiador concienzudo « de ver claro y de decir la verdad » en estudiar á Napoleón, su familia y su corte. Tenía el corazón sereno, el ingenio penetrante y el gusto delicado con sus ribetes de romanticismo razonable. Vió y oyó bien. Hay que apreciar el valor histórico de su testimonio. Aquella mujer, que fué tan encantadora como bien nacida, muy superior por la educación á casi todo el medio social que observaba, y que no podía ya, cuando volvió á tomar la pluma pensar en hacer amar á Napoleón, ha dado generosamente excelentes razones para admirarle. Le amó, si puede llamarse amar el sufrir por causa de los defectos y de las faltas de otro que contribuyen á perderle. Fué para ella un dolor mostrar al árbitro de tantos destinos cada vez más inquieto, sombrío é imperioso, cada vez más atacado del egoísmo de la dominación y del desprecio de los hombres, á medida que crecía su poder, que se extendía su reinado y se alejaba el horizonte de sus vastos proyectos; poseyó el corazón y la inteligencia de una buena francesa. También es muy francesa su pluma ligera: tuvo ingenio, exactitud, gracia, agudeza, flexibilidad y variedad. Hay que leerla.

He aquí á tres grandes funcionarios del imperio, Pasquier, Beugnot y Chaptal, que también tomaron sus notas durante el curso de los acontecimientos y que sin saberlo han completado mutuamente y con

bastante fidelidad el cuadro. Encargados de funciones de que uno de ellos, era el primero en burlarse, hicieron cada uno con igual patriotismo, con la misma moderación de ideas, y la misma estima universal una larga y hermosa carrera bajo el Imperio y la Restauración. Sus *Memorias* son casi igualmente preciosas para la historia, puesto que aquellos hombres encorvados bajo las realidades de su tarea cotidiana supieron estimar la gloria en su verdadero valor y hacer su balance. El químico y administrador Chaptal, sin ser un escritor, ha dejado muchos escritos técnicos. Sus *Memorias* no pretenden sino decir lo que realmente existió.

El conde Beugnot, uno de los hombres de más ingenio de su época, no ha dejado de mostrarse irónico. Beugnot dice de buen grado que cierto día le trataron de imbécil y que otro día, obró en verdad como tal, pero el lector está de su parte. Hay escenas en que cuenta que, queriendo trabajar con Luis XVIII como lo había hecho con Napoleón, no conseguía sino fastidiar mortalmente al más incompetente y menos convencido de los reyes. No hay comedia comparable á ésta. Hay también dramas en el relato del conde Beugnot, contados con sonriente sentimentalismo como cuando refiere, sin echárselas de romántico, la historia de Eglé, condenada á muerte como aristócrata.

Pasquier, prefecto de policía bajo el Imperio, par de Francia en la Restauración, creado duque y canceller por Luis Felipe, no era sin embargo un político. Sólo le sirvió, hasta contra ciertas fatalidades ó faltas de suerte, su elevado valor de hombre y de magistrado. Ha contado la *Historia de su tiempo* con detalles exactos y seguros. Su relato de la época del período imperial es el más perfecto en cuanto al fondo y á la forma. El emperador, sus hermanos, sus hermanas, Cambaceres, Talleyrand, Fouché y Lebrun son retratados por este testigo juicioso y bien colocado para ello, en cuadros severos, pero tranquilos, imparciales y bien hechos.

Los soldados, los oficiales subalternos, los generales, el sargento Fricasse, el capitán Coignet, el coronel Seruzier, y los generales Thiébault, Macdonald, Marbot, mientras aparecen los otros, son otra clase de testigos. Todos ellos al derrocar tronos, á paso de carga, no pensaban sino en tener descanso para poder escribir; y Napoleón conocía muy bien, por haberla compartido, su afición croniquera, pues en sus adioses de Fontainebleau, prometió á sus valientes no emplear sus ocios de la isla de Elba sino en escribir lo que había hecho con ellos¹.

Fricasse, que sólo fué sargento, y champañés como Villehardouin y

1. Excusado es decir que algunos de estos cronistas ó autores de memorias, que sirvieron en la guerra de España, no nos suelen tratar con mucha justicia. De todos modos sería de desear que alguno de nuestros modernos escritores espigase en este vasto dominio de la literatura francesa. (N. del T.)

Joinville, no aceptó, á semejanza de ellos, el descanso impuesto por las heridas sino para acordarse y narrar y ¡le debemos los fastos de la gloriosa 128.^a media brigada!

Coignet es un gascón de Borgoña, un gascón veraz. Lo que dice es cierto, pero ha visto demasiado y por eso le suponen colaboradores. Es cierto que tuvo colaboradores entre los soldados camaradas suyos, pues hizo suyos los recuerdos de los mismos y hasta tal vez las hazañas. ¿Tuvo otros auxiliares? Dícese que, hacia 1849, hallándose en Auxerre á donde se había retirado y donde se había casado, ciertas personas listas le leyeron los nueve primeros volúmenes *del Consulado y del Imperio* de Thiers. Tal vez habrá recuerdos de Thiers en las primeras memorias de Coignet, *Aux Vieux de la vieille*, y en el manuscrito hallado á su muerte en 1860, escrito enteramente de su mano, el de los famosos Cuadernos publicados en 1863. En 1849, hacia ya treinta y cinco años que casi todos los días, en el Café Milon d'Auxerre, los desocupados formaban auditorio en torno del viejo capitán y antiguo vaguemaestre del emperador, y hacia ya treinta y cinco años que sus relatos eran conocidos y populares. No ha tenido más que escribirlos y han resultado llenos de vida y pintorescos en cuanto á los hechos, á los detalles, á las anécdotas y hasta en cuanto al abuso mismo del *yo*. Pero no es el *yo* de un hombre aislado, de un capitán obscuro, sino el de todo un pueblo de héroes humildes, convencidos de que, si el grande hombre fué necesario para ellos, no hubiera podido hacer nada sin ellos.

Las *Memorias* del coronel Sérurier, editadas en 1823 y reeditadas en nuestros días, no son tan populares como las de Coignet, aunque tienen las mismas razones para serlo y además el mérito literario. Á pesar del grado elevado del autor y « héroe », son también los recuerdos de un hijo del pueblo. Fueron ordenados sin arte ni estilo. Un compañero de armas, hombre de ingenio, el músico cancionero Lemierre de Corvey, tomó la pluma en vida de Sérurier y, conforme al manuscrito de su camarada, escribió una obra « estilo imperio ». Lemierre era en verdad un soldado enamorado de su oficio, pero era también el autor de romanzas para arpa, *Ma peine a devancé l'aurore* ó *Un jour un roi bon chrétien*, y las más aplaudidas arias cantadas por Elleviou eran suyas. Cierta noche en el vivac, había puesto en música pero en música estilo « imperio », un artículo de periódico sobre los maguntinos de Castine. No puso en música las campañas del artillero Sérurier, apellidado por sus soldados *el tío de las balas*, y por Napoleón mismo, *Jupiter bigotudo*. Se contentó con dulcificar el tono é hizo una canción de gesta.

Los oficiales superiores á quienes debemos también recuerdos no fueron menos *soldados* que los precedentes. Su religión del emperador

es menos supersticiosa; tiene un culto algo más elevado del ejército y de la Revolución á la que deben sus penachos, sus estrellas, y uno de ellos, su bastón de mariscal.

Éste, Macdonald, general ya al principio del Directorio, asistió á todas las grandes campañas, la de Italia, de España, de Rusia, de Alemania y de Francia sin perder su civismo; supo defender á Moreau contra el emperador y abstenerse durante los Cien Días. La Restauración aumentó los títulos que debía á Napoleón. No altera la franqueza de su lenguaje en presencia de Carlos X. Sus *Memorias*, escritas en 1825, son propias de un hombre cultivado. Son la defensa del ejército que es para él toda la Francia.

El general de división Thiébault, hijo de literato, fué creado barón por el emperador. Refirió, en libros distintos, el sitio de Génova, la expedición de Portugal y la defensa de París, hechos á que asistió. Publicó una *Colección de pensamientos* y por último sus *Memorias* que alcanzan de 1795 á 1820. Es sobre todo un coleccionista de anécdotas. No había logrado el bastón de mariscal á que aspiraba. Su abnegación sincera por su oficio que, en el fondo no era su verdadera vocación, se agrió un poco y resultó de aquí una requisitoria contra los más favorecidos. Si alguna vez sonríe es cuando cuenta sus aventuras amorosas.

Á su regreso de Alemania, lo que más le llamó la atención entre nosotros es la fealdad de las mujeres. Las francesas no se lo han perdonado.

Ha aquí por último el maestro de toda esta literatura guerrera, Marbot. Su padre, diputado de la Constituyente y del Consejo de los Antiguos, era general bajo el Directorio. El hijo fué subteniente á los diez y ocho años. Le hallamos entonces en Génova con su padre, que murió allí en la época en que Thiébault se hallaba también allí de coronel y en que Macdonald, general de división, fué á unirse con Masséna.

Marbot estuvo en Auerstaedt, en Jena, en Eylau, en Zaragoza, en Wagram, en Moscou, en Leipzig, y por último, ya con el grado de general, en Waterloo. La Restauración le desterró. En 1816, el general Rogniat, antiguo oficial del Imperio, había publicado unas *Consideraciones sobre el arte de la guerra*, muy discutidas. En ellas se criticaba detalladamente y se juzgaba con severidad la táctica de Napoleón. Cuatro años más tarde aparecieron unas *Observaciones críticas acerca de este libro* en las que se tomaba la defensa del emperador. Napoleón, desde el fondo del destierro, se había sentido dolorosamente afectado por los reproches del general Rogniat, su antiguo oficial. Se alegró tanto más al saber que tenía un defensor: supo que este oficial se llamaba Marbot é inscribió su nombre en su testamento, para una manda de 100.000 francos « á cargo de continuar escribiendo en pro de la gloria de los ejércitos franceses y para confundir á los calumniadores y